

que le es habitual: «Si no me sirve a mí, ¿a quién sirve?» Lo que pasa en el momento en que escribo es una prueba suficiente.

Si el gobierno no quiere que la enseñanza sea dada sino por sus profesores, no es sin duda por darle a su cuerpo docente la libertad de enseñanza que proscribe en otra parte; es para quitarse de una competencia molesta o de una contradicción desagradable y hacer predicar por sus profesores *que estarán forzados a permanecer con él*, el amor del gobierno despótico y el desprecio de los derechos del hombre. La enseñanza estará, pues, siempre penetrada del espíritu de partido, que le darán las asociaciones o que le dará el Estado. Si queréis una enseñanza exenta del espíritu de partido, asociaos con gentes exentas de espíritu de partido y cread una enseñanza que se os parezca.

—Pero nosotros no tenemos el instinto de asociación y no sabemos asociarnos.

—¡Ah! ¡nos vemos en este caso! Los países en donde el Estado da la enseñanza, son países en donde una masa muy considerable, que forma la mayoría, pero sin voluntad, sin iniciativa, sin energía, sin ideas netas, languideciente y amorfa, desea vagamente una enseñanza no confesional, imparcial y moderada, no sabe organizarse y asociarse para realizarla y encarga al gobierno de crearla, comprometiéndose a pagarle por ella. Sólo que ocurre que el gobierno, luego que ha creado esta enseñanza, o casi en seguida, hace de ella un *instrumentum regni*, porque los gobiernos tienen una tendencia muy natural a hacer un *instrumentum regni* de todo lo que tienen en las manos; y la masa languideciente y amorfa tiene, precisamente, en lugar de la enseñanza imparcial que deseaba, una enseñanza de partido, muy neta, muy acentuada, algunas veces violenta como él, de los institutores, y justamente todo lo contrario de lo que ella deseaba. ES RARO QUE NO SE TENGA JUSTAMENTE LO CONTRARIO DE LO QUE SE DESEA CUANDO SE DEJA

HACER A OTROS LO QUE DEBEMOS HACER POR NOSOTROS MISMOS.

Así es como en Francia, una parte considerable de la burguesía, a mediados del siglo XVIII, se desprenden del catolicismo, del protestantismo, jansenismo, se vuelven vagamente espiritualistas y deistas y se proclaman filósofos. Nada más legítimo, y nada les faltaba más que una cosa por hacer inmediatamente: asociarse, organizarse para crear una enseñanza «filosófica», una enseñanza que no fuese ni católica, ni protestante, ni jansenista, ni judía. Es lo primero en que un anglosajón hubiera pensado. La burguesía, no. Sus guías Voltaire, Diderot, Rousseau, de acuerdo en este punto, no le recomendaron más que una cosa: persuadir al Gobierno de arrancar la enseñanza a los católicos y dársela a él mismo, persuadir al gobierno de ser «filósofo»; persuadir al gobierno de tener una filosofía de Estado y de crear una enseñanza del Estado para propagarla. Porque ya se sabe que Voltaire, Diderot y Rousseau son los apóstoles de la libertad.

¿Qué sucedió? Que los Jesuitas, los Religiosos y otros fueron despojados de la enseñanza. NAPOLEÓN ESTABLECIÓ UNA ENSEÑANZA DEL ESTADO, Y FRANCIA TUVO UNA LIBERTAD DE MENOS. Ella quedó encantada naturalmente. Sólo que un siglo después, cuando de una parte se suprime la enseñanza libre que se había reconstituido de cualquier manera y cuando se suprime definitivamente la libertad de enseñanza, y cuando, de otra parte, la burguesía se encuentra frente a una Universidad radical y socialista y que será cada vez más radical y socialista, sinceramente primero, y en seguida por complacer al gobierno, del que depende, la burguesía hace algunos gestos y se muestra menos satisfecha que en los tiempos de Napoleón I, de Luis Felipe y de Napoleón III. Ella creía que la enseñanza del Estado sería siempre a su imagen, a su devoción y en su provecho. ¿Por qué estará él en todo esto? Él es quien la gobierna, la protege, la hace adelantar, la